

Antonio Ortuño

La Armada Invencible





Seix Barral Biblioteca Breve

Antonio Ortuño

La Armada Invencible

1. *Jump in the Fire*

Como si lo viera: Barry Dávila cruzaba los atestados pasillos de Horizontes, el centro comercial más altanero en todo Zapopan, y al caminar era un barco que partía en dos el agua. Hombros echados pa' atrás, botas vaqueras que resonaban igual que los cascos de un caballo contra el vitropiso, clop, clop, clop, y una chaqueta de cuero, cortita y con herrajes, según las tradiciones: vieja, manchada en los puños y descascarada en las arrugas. Y, claro, unos Ray Ban de piloto aviador calados a la nariz para taparse la carota de ídolo de barro. Barry se machacaba en el gym, y a sus cuarenta y cinco años parecía de veintipocos si no mirabas con atención, pero aun así sabía que era feo. Y no digo feo comparado con el Robert Plant de 1976, porque a su lado todos somos unos putos monstruos. No: era feo incluso al lado de su propio codo o mi riñón o el escroto de tu padre. A la gente se le salía decirle a Barry «el pinche cara de chango» porque tenía ojos de canica, diminutos y separados, una nariz bulbosa y unos labios vastos y purpúreos: los pétalos de una flor carnívora. Pero al caminar, Barry era algo más que tú o que yo, era una pantera apoderándose de la selva, y mostraba más

cadencia que ninguno. Era un dios de otro tiempo. Aunque no le daba la melena para llevarla a los hombros, porque el pelo ralea con la edad y él ya tenía alguna encima, su corte era perfecto, rapado en las sienes y la nuca y un cepillo renegrado (moteado de canas, sin embargo) en la parte superior del cráneo. El penacho de un casco. El casco de un guerrero. Y así braceaba, marcial, con la playera de Black Sabbath dándole un aire clásico, de Beethoven o Mozart, sin fajar, pero a la altura del cinturón, como si se la hubiera elaborado un sastre en vez de una máquina china de emplastar. Y sus jeans iban ajustados estratégicamente a la cintura y la cadera para exhibir mejor el paquetón de sus genitales ante las muchachas. Y su cinto lo coronaba una de esas hebillas de águila romana que tanto le gustaban y siempre le envidié. Allí, en medio de los cientos de chamaquitos flacos con gorras de plato y pantalones pescadores por los que les asomaban los tobillos, entre el ejército de cuarentones gordos o jorobados que hormigueaban por Horizontes, hociendo los escaparates y sosteniéndoles las bolsas de la compra a sus mujeres, vencidos bajo el peso de las responsabilidades y el fracaso conyugal, Barry parecía un Tezcatlipoca surgido de avernos precolombinos (a él le gustaría que dijéramos mejor un Thor, un Apolo, pero tampoco vamos a exagerar). Y avanzaba sin voltear, un dios del pasado, ya lo dije, y no miraba a nadie en concreto porque también era miope. Los Ray Ban no tenían aumento: nomás le quedaban estupendos y por eso los usaba aunque el día estuviera nublado. Él no veía nada, pero yo sí. Bueno: como si lo viera.

No lo veía porque no estaba allí, con él, pero Barry me contó, luego, que *todo*, es decir, la idea de reunir a la vieja hermandad y resucitar a La Armada Invencible, comenzó

o reinició más bien en aquel paseo suyo por Horizontes, porque de comenzar había comenzado más de veinticinco años antes, cuando éramos jóvenes, tocábamos heavy y *thrash* metal y queríamos sonar más densos y ensordecedores que un tanque de guerra hundido en lodo y asaltado desde cada flanco posible. Al cruzar frente a los escaparates y las tiendas rebosantes de cacharros que no le interesaban, ropa de última moda, zapatos italianos, teléfonos potentísimos, joyas de peor gusto que los teléfonos, cazuelas con alma de piedra y esmalte de porcelana, objetos destinados a darles felicidad a los demás pero no a él, algo saltó en la cabeza de Barry y un cable se le reconnected. Quizá era el orgullo de haber recuperado su mejor forma, porque nunca se puso gordo, pero ahora se mataba dos horas cada mañana en el gym, y después corría cuatro kilómetros y se veía, a la vez, natural y fibroso. O quizá que, como el hombre casado durante veinte años que fue, se acostumbró a dejarse estar, a acomodarse, a llevársela leve, a pasar la vida en chancletas, moralmente hablando, y ahora, divorciado de la madre de sus hijos, le hervían las tripas, o sentía, aunque ni lo había pensado a fondo ni se lo había dicho a nadie, que tenía que verse bien y atraer y engatusar de nuevo a todas las chicas que pudiera. La primera que se le quedó mirando aquel día, la que disparó su vanidad, quizá no lo deseó ardientemente. No era una muchachita, pero tampoco una señora: Barry dice que podía haber tenido unos treinta años bien cumplidos y no le pareció una belleza. Casi nadie lo es: pasamos la vida privados de cualquier rescoldo de hermosura y preferimos negarla, incluso, antes que aceptar los adefesios que somos. Solo una mujer normal, sentada en una banca, helado en mano, que lo miró al azar, de entrada, y lo descartó por feo, pero

enseguida notó el cuerpezco de estatua y los jeans entallados del tipo, bajo la cara de cuadrúmano y un destello de lujuria le brincó a los ojos, según Barry, quien se había detenido a su lado para revisar el mapa en el celular y así dar con la tienda de música que buscaba, en mitad del laberinto de luces y rótulos de Horizontes, porque con los pinches Ray Ban no veía ni madres, de verdad, y llevaba diez minutos de dar vueltas sin saber a dónde carajos iba. Barry se caló, pues, unos lentes de aumento que cargaba a manera de respaldo en el bolsillo interior de la chamarra (pequeños, cuadrados y muy *cool*), y descubrió que la chica de la banca lo revisaba con beneplácito, lameteaba su helado y hasta le sonreía, quizá insinuante. O pudo suceder que ella se sintiera descubierta en la contemplación y el susto le arrancara una risa, apenada y veloz, antes de que se replegara sobre sí misma y volteara a sus pies. Una mirada prudente y una risita que para Barry fueron un tesoro inimaginable, porque le parecieron síntomas de que el gimnasio, la soledad, la recuperación de su viejo estilo de *Hell Angel* olmeca, nada que ver con los pantalones de pinzas y camisas de botones y manga corta y suéteres en los hombros de color mamey de cuando estaba casado, era lo correcto. Le sentaba mejor. Quería ser el tipo de abdomen liso, una tabla de cortar carne, hombros de maniquí, piernas de mármol y pantalones untados que las chicas voltearan a ver. No una de esas montañas de músculos esculpidas por los salones de pesas ni un chamaquito de pecho lampiño y tufo a hormonas y meados. Quería lo que siempre quiso: ser un dios antiguo con todo y la cara de chango, un dios fuerte y altanero. Soy feo, pero estoy bien bueno, chingada madre, se dijo. Y se dijo también: soy un pinche rockstar. Y a los ojos de la chica del helado se sintió con veinte años menos en el

lomo, su matrimonio un puro paréntesis tan abatible como toldo de un automóvil. De pronto arriba y luego abajo. Ahora está, ahora ya no. Y se despejó la cara de los lentes de aumento, los metió al estuche, que devolvió al bolsillo interior de la chamarra, sin prisa, exhibiéndose, enderezando la espina, gato arrogante, y volvió a colocarse los Ray Ban ahumados sobre la piña torcida de la nariz. Y echó aún más los hombros pa' atrás, modelo en pasarela, y se alejó a buen paso, convencido de que era hermoso y de que aquella sensación bendita de la juventud volvería. Y con ella todo lo bueno: la noche, las mujeres, el trago, los amigos, la electricidad. Agarrar la guitarra, enchufarse al amplificador, rasgar las cuerdas con la púa, agitar la cabeza, gritar, sobre todo gritar, y a un paso de la convulsión darse el placer malsano de cargarse de luz y arrojársela encima a los demás.

Como si lo viera.

¿Qué soñaste aquella vez, Barry?

Algo medio raro y chingoncísimo a la vez. Fue parecido a lo que pasó en el taller de la tienda de música aquel mismo día, en Horizontes, pero con algunas diferencias. En el sueño también llegaba a recoger la guitarra que les di a reparar, y me apoyaba en el mostrador, uno de esos de cristal con estanterías y seguros metálicos. Ya los conoces, los de las ópticas. Pero en vez de gafas tenían allí púas, cuerdas, llaves de repuesto, afinadores. Y había, como pasó en la realidad, una pareja a mi lado, chavita y chavito, y me miraban con asco los dos, el morro era un güerillo inocuo, uno de esos pendejitos nuevos con los tobillos por fuera del pantalón y una gorra de plato sobre la cabeza, un güey que no había tocado una guitarra en la

vida, un puto fraude, pero la morra lo miraba con ojos de vaca enamorada. Y tú tocas *heavy nópál* o qué, dijo el morro al verme, y ella le rio la gracia y a mí se me apretaron los puños del coraje. O qué, pendejo, respondí. Y el morrito se achicó. Se dio cuenta de que la había cagado y que molestó al león, se le hizo chiquito el rabo y tosió nomás. Al puto mocososo lo atendieron primero, había llevado a revisar un micrófono. Se lo entregaron y lo conectó a un ampli que tenían allí, a mano, para probarlo. Y el güey empezó a canturrear. Entonaba como niño: finito, nasal, el chorrillo de voz saliéndole a pujidos de la garganta. Yo lo miraba. Y, la neta, me sentía bien. Muy bien. Yo sí sabía modular, conocía el secreto para sacar la voz desde los putos güevos, a la manera de los tenores. Podía rugir: era un tifón. Y en el sueño, además, llevaba unas botas cabronas, de cuero de víbora. Y la chamarra negra de motociclista; no esta que ves: una igual a la que usaba cuando chavo. ¿La ubicas, de las fotos? Más militar. Y mis Ray Ban ahumados, grandotes, de piloto o patrullero. Mientras el pendejo boqueaba sus palabritas melosas trajeron mi lira, al fin. Pero no la real, la que recogí aquel día en la plaza. En el sueño era una guitarra suprema, toda curvas, retro, o a lo mejor auténtica y conservada entre algodones desde los tiempos de Elvis. Ya iba a meterla en su estuche, pero la chava del taller, la que nos atendía, ofreció conectarme al ampli, también, para comprobar el éxito de la reparación. En la realidad, mi lira solo necesitó un cambio de cuerdas y revisar el falso contacto del enchufe, pero en el sueño le habían remplazado el brazo y toda la botonadura, es decir, cirugía mayor. Esperamos, primero, a que el pendejito se callara el hocico. No recuerdo ni qué cantaba, el cabrón. Mami, culo, amor. Las mamadas que les gustan ahora. Pero llegó

mi turno. Agarré la guitarra con estilo, una belleza de color cobre, o no, más bien dorada, la piel de una modelo de James Bond, y perfecta, ni pesaba de tan suave y barnizada. Hacía rato que no tenía una en las manos, hasta en el sueño lo sabía y era verdad, tanto tiempo sin tocar y por puro pendejo, por creer que bastaba con la vida plana, trabajar, cuidar a los hijos, agarrar la peda con los compañeros del trabajo dos veces al mes. Pero eso no colma el pinche espíritu ni le da de comer al corazón. No afiné siquiera: pegué un guitarrazo con las uñas, a lo bestia, sin pensármela, y seguí rasgando, y rasgando, y rasgando, rápido, más rápido, y el muchachito y las chicas se hacían pequeños, pequeñitos, se volaban, se los llevaba el aire, acaba, acaba rápido, me rogaron, me suplicaron, pero cerré los ojos y seguí, seguí hasta que ya no estaban ni allí ni en otro lado. Ya no. Los había arrastrado el ruido. Y supe que tenía que juntar de nuevo a La Armada Invencible.

¿En el sueño o despierto?

Para mí todo es sueño, pendejo. Todo. Hasta donde te abarquen las manos. ¿Qué no ves?

En el momento en que se producía en la cabeza de Barry la revelación de los tiempos de gloria por venir, estaba yo al otro lado de la ciudad, hundido en mierda laboral hasta las mismas orejas. Laminados Aceves era un taller de detallado automotriz en donde se les practicaba a los coches toda clase de ajustes innecesarios: se les repintaba aunque el tinte original fuera aún perfecto, se les colocaban llantas de doble ancho, con un tramado digno de la oruga de un tractor, o se les decoraba con accesorios brillantes, parrillas externas y barras de acero, o se les tostaban los cristales, o se retapizaba lo ya tapizado con

colores estrepitosos y telas que semejaban los lomos de un tigre siberiano. Los clientes de Laminados Aceves debían ser criminales todos, porque si no su aspecto era un putito desperdicio. Hombres malencarados y tatuados, al menos el noventa y nueve por ciento de ellos, que pretendían que sus autos parecieran consoladores brillantes y cuajados de luz. Con esa finalidad dejaban un dineral en nuestras manos. O, mejor dicho, en las manos de la cajera, porque los empleados solo veíamos desfilan el oro y nos limitábamos a esperar, cada semana, la aparición de la paga en nuestras modestísimas cuentas de banco. El oro se iba al bolsillo del dueño, el Gordo Aceves, de quien no puedo hablar mal porque le debía y le debo casi todo y porque, en el fondo, no era mala bestia ni mucho menos. Un tipazo, el Gordo. Lo peor de él, es decir, el hecho de que fuera rico y supiera ganarse el dinero con la misma facilidad con que cagaba, no era tanto culpa suya como de su padre, el Gordo Aceves original, fundador del taller y uno de los culeros más grandes que he conocido en la vida, quien lo entrenó desde niño para sacar ganancia hasta de la mugre que se rascaba de entre los dedos de los pies. Pero el Gordo primitivo murió luego de un síncope que acabó en infarto, haría ya sus buenos quince años, y el hijo se quedó con el negocio. Y eso estuvo más que bien, al final, porque la vida entera se me fue al carajo cuando me divorciaron (yo también, igual que Barry, me había quedado solo o, más precisamente, había sido olvidado, igual que las sobras en la mesa, para que se llenen de moscas) y al mes siguiente hubo recorte y me echaron del periódico donde trabajaba de ilustrador. No vi más remedio que llamarle al Gordo por teléfono: para ponernos al día, le dije, y él, comprensivo, invitó las chelas y a la quinta o sexta, cuando sacó en claro la verdad

sobre mi estado lamentable y el motivo de que estuviera tan jodido y ojeroso, ya me estaba contratando para jefe de diseño en su taller. Y antes de que lo eleven de bote-pronto a los altares de la santidad, debo aclarar que el taller ya tenía un diseñador, un tipo a quien no llegué a conocer, porque el día que puse el pie en Laminados Aceves le entregaron la liquidación y lo remitieron sin escalas rumbo a la chingada: la amistad verdadera se impone y con quien queda fuera de su abrazo suele portarse así de cruel.

Con nosotros, el Gordo siempre fue puro corazón, desde los tiempos en que lo conocimos, en aquellas fiestas multitudinarias de la preparatoria, aunque él estudiaba en una diferente a la nuestra y mucho más cara y fresa, claro, porque nosotros éramos de la pública y él de un colegio de curas, pero nos hicimos carnalitos a las primeras de cambio y a la semana de cotorrear ya se le escapaba del taller al hijo de puta del padre para caer a nuestros ensayos con toda clase de tributos grandiosos: un cartón de chelas, un pomo de tequila y hasta un whiskito dieciocho años distraído de la cantina doméstica. Siempre nos quiso, porque sonábamos despiadados y macizos de verdad, y eso era lo que el Gordo más deseaba en la vida: aferrarse a la música, al ruido genuino, al metal. Y, sinceramente, fuimos un poco cabrones con él, porque lo despreciábamos y lo llamábamos «la Grupi», o «tu Novia» (Barry me lo decía a mí, yo al Mustaine, el Mustaine al Isaías y de vuelta todos a todos: «Ya vino tu Novia»; o: «Tu pinche Novia no cayó hoy»; o: «Tu Gorda nos dejó plantados con las caguamas»). Pero tampoco lo tratamos tan de a tiro mal porque nunca le gritamos o le escupimos o nada parecido y hasta íbamos a llevárnoslo de chofer a Europa, o eso le decíamos cuando iba a salir

el disco y se suponía que armaríamos la gira. Y porque entre nosotros nos tratábamos exactamente igual. O sea, de la verga. Entre hombres, lo sabemos, amistad sin humillación es puro aprecio. Pero el Gordo fue ni más ni menos que uno de los nuestros, un hermano. Y lo era aún. Siempre tuvo la ilusión de tocar, desde chavito iba a clases de batería a una academia, la Lemus, y en nuestros tiempos se pasaba las horas debatiendo con Isaías sobre tambores, ritmos, los más grandes bateristas en la historia o, al menos, los cinco mejores vigentes al momento de la charla. Y aunque ahora, veintitantos años después, llevara encima el polo institucional de Laminados Aceves, de color pistache y untado a la panza, la gorra que le ocultaba la calvicie al Gordo era siempre de Sabbath o de Motörhead o algún otro dios del mismo Olimpo. Y más aún: la regla de oro en sus oficinas y talleres era que nadie pusiera canciones a su libre arbitrio. Si los empleados querían oír las melodías que su hipotálamo o sus pies les mandaran, debían resignarse a los audífonos. Nada de radios o altavoces personales, porque la música ambiental provenía de unas bocinas encadenadas a lo alto de las paredes y esas bocinas estaban cableadas, todas, a los equipos modulares del Gordo, de los que manaban exclusivamente rock, heavy y *thrash* clásicos o, según sus ánimos, un puñadito de selectas novedades. Tales eran su voluntad y su sello. Nada de banda, norteño o pop o canciones mierderas para bailar en sus terrenos. Y todos esos clientes con facha de malotes, que tan gallitos llegaban a nuestra puerta, oirían lo que les saliera de los güevos afuera, sus corridos criminales o sus ritmitos costeños de cinco palabras, pero en el aire de Laminados Aceves eso no existía. Allí reinaban AC/DC, sus hijos y nietos. El Gordo era un fiel. El último de los fieles.

Y así, mientras Barry miraba mal al chamaquito cantor de la tienda de música, en la realidad y en sus sueños, y el alma se le recargaba de sonido y furia, yo me torcía en mi escritorio, apabullado por los deberes de una nueva jornada tras el monitor que el Gordo me puso a disposición desde el día en que llegué a trabajar para él. Revisaba el diseño para las portezuelas del deportivo propiedad de un pendejazo que había solicitado la ilustración de unos caballos tendidos en el aire. A la carrera, los quería, pero con el requisito de que no se parecieran a los ya muy vistos del Ford Mustang. ¿Cuántas formas de correr tiene un caballo? Más de las que deberíamos retratar en las portezuelas de un auto. Mi mañana estaba dedicada, pues, a dar con una imagen que satisficiera al pendejazo, luego de tres devoluciones. Ya anhelaba que le sacaran la mierda a tiros, al imbécil, pero, al final, cambié el cruzado de patas del caballo y la dirección de la melena y el dibujo dejó de parecerse (tanto) al del Mustang. Se lo envié por correo al cliente y me di por vencido. Aunque lo rechazara otra vez, me había ganado unas horas de paz, y esta vez tenía el presentimiento de que aceptaría. El dibujito quedó muy profesional y eso era lo que anhelaban, esos perros: que alguien volviera presentable la cagada que les flotaba en la imaginación y convirtiera sus aspiraciones en algo concreto que pudieran refregarles en las caras a los demás. Así me ganaba el salario, saliendo de esas trampas. Pero lo malo de terminar un diseño espantoso era que vendrían otro y otro y otro más. Mi vida se trataba de eso, de trazar, al gusto de un descerebrado, caballitos trotones, calaveras neuróticas, tigres padrotes y siluetas de damiselas con tetas y nalgas imposibles, de cohete espacial.

El Gordo Aceves, moreno, brazos venosos y panza suave y sudorosa de bolsa rellena de caldo, se encontraba

desparramado en un sillón ejecutivo, detrás de los ventanales. Manoteaba. Lo hacía siempre: cuando recibía las llamadas de los proveedores que intentaban cobrarle más por lo mismo, cuando se le quejaba un cliente por algún capricho de última hora en un auto terminado, del tipo de: «Ya no quiero rayas de cebra en la tapicería, sino manchas de jaguar». Manotear, tamborilear, eran su placer y también su vicio. Podía calcular presupuestos mientras imitaba los redobles barbáricos de Dave Lombardo, el de Slayer, sobre la tabla de su escritorio. Pero aquella mañana sucedía algo distinto. El Gordo no ensayaba su mímica sonora, sino que se concentraba en regañar a sus sobrinos, a los que había traído al taller contra su instinto y voluntad, porque su hermana lo jodía una y otra vez en los asados dominicales de los Aceves para que los contratara. Y ya que el Gordo era, desde la muerte del patriarca, el encargado de gestionar los asuntos del clan, cedió y nos retacó a los chamacos de compañeritos. Podía ver la escena del sermón familiar si asomaba del monitor de mi computadora: el ventanal de la oficina del jefe fungía a manera de pantalla de altísima definición. Luisma, el mayor, que no tenía ni veinticinco años, miraba el techo de la oficina y apoyaba la cabeza en la mano para darle a entender a su tío que lo aburría. Era flaco, barbón y con un bigotito puntiagudo y ratonil, iba en chancletas y un chongo le decoraba la cima del cráneo peludo. Costaba escuchar durante diez segundos su sonsonete de nene consentido sin querer romperle el hocico. Y Brenda, su hermana, quizá un par de años menor, bostezaba para demostrar que no era menos lánguida que Luisma. Menuda y a la vez floreciente, uñas y labios pintados de negro, se había salido de la universidad y «tomaba un descanso» antes de decidir qué hacer con su vida. Su tío manoteaba,

tamborileaba, moría en vida, y ellos no le devolvían ni una miradita. Pobre Gordo, pensé: pasó de la condescendencia de los amigos al desprecio de la familia.

Días después, en medio de una de nuestras habituales borracheras, el Gordo me confió los motivos del sermón. Las tardes de los viernes solíamos irnos a beber él y yo al Ricky's, la delegación zapopana de una vulgar cadena de restaurantes tex-mex repleta de oficinistas tan desesperados por embriagarse en paz, y sin ser asaltados, como nosotros mismos. El Ricky's era siempre igual a sí mismo, con sus gabinetes, sus monitores sintonizados en los deportes gringos y sus charolas giratorias con salsas, servilletas de tela y cubiertos. Daba vértigo: podría haber sido la sala de espera de un aeropuerto o la cafetería de uno de esos museos en los que exhiben frascos vacíos, maderas astilladas y hierros enrobizados. Pero en su puerta se aburrían un par de guardias y eso nos serenaba: asaltar un Ricky's solo sería posible a bordo de un vehículo artillado. Laminados Aceves abría al público los sábados y los esclavos de los talleres no eran soltados sino al mediodía, pero la oficina del Gordo, de la que formaba yo parte, nomás funcionaba entre semana, y los viernes por la tarde guardaban para ambos un saborcito a libertad.

A mí me convenían esas salidas, puesto que me emborrachaba sin gastar un clavo: el Gordo llevaba en la cartera una «tarjeta de lealtad» del Ricky's con la que le hacían unos descuentos rotundos, se hacía cargo de la factura y, gracias a ese noble y recurrente gesto, el dinero de la paga me duraba más. Yo dedicaba los sábados a cuidarme la cruda ocasionada por la ola de cerveza, a hablarle por teléfono a la Niña, mi hija, para asegurarme de verla un ratito el domingo, y a tocar la guitarra en la santa paz de mi apartamento de divorciado. Y los domingos, claro, veía a

la Niña, a la que, por cierto, llamo Niña, pero ya era mayor y estudiaba, con beca del gobierno, para socióloga: la Niña era una persona bien enfocada y eficaz, y no resultaba sencillo que aguantara mis historias de oficina, o del pasado, o mis quejas del matrimonio (como institución, en general, o del mío, fenecido, en particular) durante más de media hora. Al final se hartaba, alegaba el exceso de trabajo y la necesidad de ponerse al día con la escuela y yo, avergonzado, me iba a correr a un parque. No era un Barry con físico de Superman, desde luego, ni me obsesionaba mi apariencia, pero quería estar en mejor forma. Me frustraba un chingo que se me cansaran los brazos al darle a la guitarra acústica o que no pudiera trepar ni tres tramos de escalera sin acabar quebrado, entre toses y resuellos. Pero lo acepto: solía abandonar el trote a los cinco minutos de comenzar. La tristeza me ganaba cada vez.

¿Qué tanto les gruñías a tus sobrinos, pinche Gordo? Seguro los traes bien azorrillados. Eso le dije a mi amigo y patrón para darle pie a que soltara el chisme y él, que siempre agradecía un auditorio propicio a sus rezongos, pidió a la mesera más nachos y cervezas y lloriqueó: Azorrillado me tienen ellos, cabrón. Son unos hijazos de la chingada estos morros. Nos tomaron la medida desde chicos. Mi hermana los malcrió de la verga. A ver: nosotros tuvimos lana siempre, por el taller y porque mi jefe nos daba. Pero a mí me exigían sangre a cambio de eso, cabrón: sangre. Tuve que trabajar desde los catorce o así. Y me pagaban lo mismo que al resto de los empleados. Tú te acuerdas. Digo: traía lana, en mi casa había de todo y me dieron auto y la mamada que quieras. Pero me chingaban, y mi jefe me la hizo cansada siempre. ¿Recuerdas, no? Toda la mierda que me tiraba por juntarme con ustedes. Así era él. Piensa en la putada que le hizo a la Lupita,

tu exvieja, cuando la corrió del taller... En fin: estuvo muy cabrón lo que pasó. Y estos pinches chamacos ni se graduaron de nada y nomás tienen un trabajo porque me los impusieron. Están acostumbraditos a que les hagan las cosas, en su casa tienen sirvienta y les recoge hasta los calzones del suelo. Se la pasan en la pura pendejada, todo el mundo les parece una mierda y a todos les tiran, pero no sirven de una chingada. Brenda no toma un pinche recado a derechas. Dice que se acuerda y no anota ni madres. «Te llamó el señor que trajo el carro para cromar». ¡Pues cuál de los diez, carajo! ¡Dame un nombre! Y el pendejo de Luisa, lo mismo. A ese lo metí al jale duro, con los pintores. Y mama y no deja de mamar. Ya se quejó porque los otros lo llamaban «el Putito», y cuando le dejaron de decir así, después de que los cagoté y les recordé que Luisa será un pendejo, pero también es mi sobrino, viene y me llora a mí. ¡Y me pide que les pague un curso de sensibilidad a los pintores! Que no joda. Y su hermana tampoco. Esa está peor. Van dos del área de ventas que se me plantan para quejarse de que Brenda los trata del carajo. Ni entiendo bien qué hace, pero los putea, cabrón, los humilla. A uno lo llamó «el Pitochico», así, de la nada. Algo hace que nadie me ha dicho. Ya me tienen hasta la madre, el par. Pero cómo se los regreso a mi hermana, si está más loca que sus hijos. Me corta la verga y me la sirve en pan de hotdog si los corro. Así que me callo. Y, luego de atragantarse con un nacho y recobrase de la tos con dos buches de cerveza, el Gordo suspiró como oso preocupado. Un oso con cachucha de Judas Priest.

Pasaba algo con sus sobrinos, sí. Pasaba esto: Luisa había decidido instaurar el pensamiento social de avanzada entre los empleados del taller y se afanó, desde su contratación, por concienciar a sus compañeros inmediatos, es

decir, los otros pintores de carrocerías, sobre lo nocivas que eran las ideas heredadas de sus antepasados en torno, por ejemplo, a la infancia, la mujer, la democracia y el medio ambiente. Ellos le retiraron la palabra. Pero Luisma no se conformó. Le pareció inhumano que Rito, el perro del taller, un callejero recogido por los mecánicos, permaneciera encerrado en un patio durante la jornada laboral entera (a Rito, sin embargo, no le iba tan mal: lo soltaba el conserje cuando todos se largaban, y el chucho andaba toda la noche a sus anchas por las instalaciones, ladrándole a lo que se moviera). Y milagro que Rito no le arrancara la mano al sobrinazo cuando trató de liberarlo, porque era una bestia brava e incapaz de justipreciar los mimos emancipadores. Pero Luisma, faltaba más, no se resignó. Su siguiente movimiento fue solicitar que se retiraran de las paredes de las salas de detallado automotriz los carteles llenos de fotos de muchachas en cueros, semi-desnudas, o al menos en leotardo, que los proveedores le obsequiaban al taller para promover sus barnices, autopartes y lijadoras. Pero su campaña topó con la decidida oposición de sus colegas, que casi lo linchan. Fue entonces cuando le dijeron «el Putito». Luisma se rio, pero consideró que el mote era virulento y nocivo y delató a los agresores con el Gordo. Su última hazaña había sido intentar que sus némesis obreras, unos tipos que se habían pasado la vida escuchando el mariachi de sus padres en casa y el heavy metal del patrón en el taller, apreciaran la belleza de un poco de hip-hop en catalán. Y ellos lo denunciaron, desde luego, porque la prohibición de otra música que no fuera la del jefe estaba vigente. Y el Gordo tuvo que llamar a Luisma a cuentas.

Y pasaba, además, algo peor, que me afectaba directamente, aunque el Gordo no lo sabía ni se lo dije aquella

tarde en el Ricky's, mientras nos echábamos tres, siete, diez cervezas al cogote, y mascábamos sucesivos platitos de nachos sumergidos en un queso tan amarillo como un residuo nuclear. Pasaba esto: Brenda, la hermana de Luisa, además de lo que dije ya, era una muchacha sonrosada, esbelta y con carita de óvalo, ojos inquietos, pelos ondulados y pintados de rubio, ropas negras y cortitas y un gesto de desprecio en los labios que era muy difícil de sobrellevar. El trabajo que el Gordo le deparó, luego de enterarse de que su sobrina no entendía de contabilidad ni tenía ganas de atender el mostrador, fue responder el teléfono que antes sonaba directamente en su oficina. El escritorio de la chica estaba ubicado frente al mío, al otro lado del pasillo y justo debajo del ventanal. El taller contaba con una recepcionista de planta y la única línea por atender en aquel destacamento remoto era la del jefe. Así, pues, Brenda no tenía ocupaciones fijas y se pasaba las horas muertas admirándome. Durante sus primeros días en Laminados Aceves se limitó a decir al aire hola y adiós y a perder el tiempo en el celular o la computadora. Pensé que, como casi todas las muchachas de su edad que yo ubicaba, y uno hubiera esperado de una sobrina del Gordo si no la hubiera conocido a ella, sería una chica más bien seriecita, pero al cuarto día se desató. Comenzó con una travesura tonta. Se escucharon unos gemidos inconfundibles de porno en el aire. Ay, perdón, me olvidé los audífonos, dijo. Tuve un sobresalto, la verdad, pero apenas levanté los ojos del monitor. Yo era el tipo mayor, allí. El que debía mantenerse frío. Brenda, para mí, tenía la obligación de ser inocua. Pinche error, pensarlo. Y la minimicé: no importa, haz lo que quieras, dije. Al día siguiente apareció por mi escritorio y me soltó, con gesto inocente: espero que no te asustaras. Nah, respondí, muy

crecidito, qué me voy a espantar, a mis pinches años ya vi de todo. Esa tarde recibí el primer mensaje de celular. Soy yo, dijo Brenda cuando me vio parpadear ante la pantalla del teléfono porque no reconocía su número. Saqué tu contacto de la agenda de mi tío. El mensaje contenía la foto de un negro encuerado y armado con una verga que le llegaba a las rodillas. Tenía algún texto escrito a un lado, «Feliz año nuevo», me parece. No mames, Brenda, qué es esto. ¿No que no te asustas? No me espanto, pero tampoco mames. Pensé que a lo mejor te interesaba, murmuró, ladina. Sacudí la cabeza y borré la foto. Cuando levanté la vista, ya la tenía acomodada en el medio muro de tablarroca que demarcaba mi área de trabajo, asomándose por un costado del monitor: un títere de guante en un teatrino. ¿Lo borraste, de plano? ¿Te da miedo? No mames, Brenda, repetí. ¿Te preocupa estar solo en tu casa y que quieras verlo? Ya no tenía en la boca su gesto repelente: se reía y mostraba unos dientes marfileños, alineados y perfectos. Seguro llevó aparatos por años, pensé. Pinche Yulian: ¿no te gustan los negros o no te gustan las vergas? Creo que esa fue la primera vez que dijo mi nombre.

Sí: me llamo Julián Ortega. Fue Barry quien empezó a decirme «Yulian», como si fuera yo hijo de John Lennon. Claro que Barry tampoco se llamaba de ese modo, sino Alberto, Alberto Dávila. Ni sé de dónde salió el «Barry». Supongo que así lo apodaban en su casa. Y el Mustaine, nuestro primer guitarrista, no compartía apellido, desde luego, con el genial líder de Megadeth, Dave Mustaine, sino que se llamaba Luis Armando Ceballos, pero le daba un aire a Mustaine, o al menos eso creíamos entonces, aunque nuestro Mustaine no era pelirrojo como el mago de la guitarra de California, sino un güero de rancho no más (su familia era de Tepatitlán, y ya se sabe que allá

todavía quedan descendientes de los franceses y austriacos que trajo al país Maximiliano de Habsburgo). Por eso fue llamado el Mustaine, aunque luego el apodo degeneró en el Mustio, el pinche Mustio, el pendejo que prefirió estudiar biología marina antes que seguir con la banda y que ni siquiera se paró al funeral del Isaías, nuestro baterista. Y el Isaías, caray: un pobre cabrón al que sus padres le impusieron un nombre tan feo que no necesitaba apodo, aunque a veces le aventábamos otros motes igual de bíblicos a la cara, Judas, Gestas, Salomé, y todos entendíamos que era él. Pero ya hablaremos de eso.

Pinche Yulian, dijo Brenda, maltratándome tal y como si fuéramos amigos del alma. ¿Te da miedo? No mames, Brenda, no mandes estas chingaderas. Pero ella era incontenible, una veinteañera que no iba a la universidad, con más energía para gastar que un cachorro que robara y mordiera pantuflas, y sin nada productivo por hacer en la oficina, porque el Gordo no iba a recibir treinta llamadas por hora, la maldad se le fue destilando. Su siguiente movimiento resultó más incisivo. Esperó a verme concentrado en una petición de diseño singularmente compleja, una flor oriental en la que cada pétalo era un rostro de mujer, y que un asno quería impresa en vinilo autoadherible para el parabrisas posterior de su pickup de doble cabina, y se puso a sisear para llamarme: Tssss, oye, Yulian, oye, tssssss. Y yo, todo imbécil, voltéé para descubrir que Brenda se había levantado la playera negra y me mostraba unas tetas picudas y pálidas, las marcas rojas del sostén como dos cejas sobre los ojos de los pezones. No mames, Brenda. Te va a ver tu tío y nos mata a los dos. Ay, pinche Yulian, se quejó y bajó su camisa, se amoldó el sostén y me di cuenta de que quizá a ella misma le hartaba el gesto despreciable que ponía cuando no estaba riéndose de mí. Es puro juego, estoy

aburrida, dijo, aburrida, y alargó la i, muy aburriiiiiiiiiida. Si nos cacha mi tío al menos vendría a gritarnos y sería otra cosa. Pinche Brenda: no voy a acusarte, nomás no hagas una pendejada. Yo vivo de esta chamba. Pero ella tenía el gesto repulsivo en los labios otra vez; y no escuchaba.

Mi vida, a partir de aquel día, consistió en guarecerme de su bombardeo. Llegaba por la mañana a la oficina y ella lo hacía al poco rato y me veía trabajar y callarme, porque ya ni los buenos días le contestaba. Y Brenda, paciente como un leopardo, esperaba a que sonara el teléfono y a pasarle una llamada al Gordo y así distraerlo, para sacarme la lengua o ir más lejos y decir: Oye, Yulian, ¿no quieres que me siente en tu cara?; oye, Yulian, ¿por qué estás dibujando un águila romana en lugar de mirarme el culo?; oye, Yulian; y yo me torcía y bufaba y ella se reía, desquiciada, mostrándome los dientes de marfil y agitando la melena pintada de güero con las raíces negras bien evidentes. O fingía inclinarse a revisar la libreta en la cual anotaba los recados y citas del Gordo y para ello se recargaba en la media bardita de tablarroca que delimitaba su propio lugar, de espaldas a mí, contemplaba a su tío, en el teléfono, ocupado, tamborileando, tuc tuc tuc, en la luna el muy pendejo, y entonces, con deliberación y lentitud, se levantaba la falda con la mano y me enseñaba las nalgas. Y una tarde, mientras se echaba unos bostezos, me dijo: Yo creo que, neta, te gusta la verga, Yulian, porque ni me miras; otro me habría saltado encima, o habría intentado meterme el dedo, aunque fuera, y tú solo tiemblas. Y volvió a reírse. Y yo me hundí, un submarino detrás del monitor. Entendí desde el primer momento por qué los vendedores se declararon humillados ante el Gordo y no se atrevieron a decirle la verdad: que Brenda era un peli-gro para la especie humana.

Así pasaban mis días, así, de la chingada, cuando Barry apareció por el taller, y todo se puso peor.

Alguna vez contaste, Barry, que habías empezado en la música por otro sueño...

Yo estaba metido en la música desde morro, aunque no sabía lo que iba a ser en la pinche vida, porque uno nunca sabe. Nadé a contracorriente desde el mero inicio. Mi papá tenía un gusto de mierda. Oía lo que ponían en la radio o lo que les gustaba a sus empleados de la licorería. Y a mi mamá le latían puras baladas lloronas, todas, las de Juanga, las de José José, las de Lupita D'Alessio, hasta al Puma y el Pirulí y al tarado de Julio Iglesias oía. Igual mis hermanas. Y a mí me cagó la madre desde niño lo que escuchaban porque nada de eso importa, y las canciones que oían mi padre y mi madre y mis hermanas hablaban de un solo asunto que era el amor. Pero no el amor de verdad, que será otra cosa, sino el amor de las canciones, que es una falsedad, una pinche impostura. A nadie que le importe el amor tiene tiempo de orquestar, hacer un arreglo y pensar en coros, pianito o trompetas. Ni de usar frases que vienen de otras canciones, cabrón, o que no se le ocurrió utilizar a nadie en la realidad, que no le dirías a la que ames a la cara. A mí eso me cagaba, que todas fueran lo mismo y usaran un lenguaje estúpido, palabras que son pretextos. Lo que querían mis hermanas era bailar y mover el bote y ostentar lo buenas que estaban. Que sí, porque en mi casa seremos feos, pero también pura candela, cabrón. Y mi madre gozaba al quejarse de mi viejo, que la tenía arrinconada, decía, en el abandono, lavando platos, barriendo pisos y cocinando mientras él atendía el negocio, la licorería, y con esas canciones se

desquitaba, lo acusaba de impotente y abusador y se lamentaba por haberle hecho caso y fingía tener amantes y cantaba a voz en cuello como si eso la redimiera, pero en realidad nada tenía que ver con su vida, puras fantasías absurdas. Eso es lo que más me caga en el mundo. Que la gente oiga canciones de amor. ¿Pero no es lo que hicieron siempre sus padres y sus pinches abuelos fracasados? «Tu piel, tus labios, tu adiós, el dolor, la esperanza»... O «mueve el culo»... O ¿«Te sientes muy hombre cuando...»? Pero es lo mismo. Amor. No importa si lo llamas despecho, coger, pasión. Es la misma puta canción entonada diez millones de veces. A veces lenta y suave. O cadenciosa y rítmica. Incluso puede ser atronadora, desgarrada. Pero es igual, pendejo. Amor, amor, amor. Te vendieron la misma puta canción cada vez. Cantaste el mismo engaño toda la vida. Y quedaste feliz. Porque eres imbécil. Por eso te lo siguen vendiendo. ¿Tú crees que a los que berrean esas idioteces les importan? Cantarían sobre empalar ratas por el ano si ganaran dinero así. Eres igual al que paga por coger. Es ilusión, dicen. Pero en realidad es simulación. Un fraude.

Por eso el metal.

Yo hubiera oído cualquier cosa que fuera diferente. Hasta *reggae*. O, no, no tanto, pero me entiendes. El metal me gustó porque asustaba a mis hermanas. Mientras más ruidoso, más miedo les metía. Una música de greñudos de la que se quejaban en la comida porque la ponía un vecino con cara de dóberman a un volumen que intimidaba. Pero yo me enamoré enseguida de esos gritos y empecé a cantar en la casa. Me encerraba a oír casetes, porque en la radio no pasaban rock nunca, o pura mamada del año del caldo, *La Hora de los Beatles* o la de los Doors (¿Te imaginas *La hora de Black Sabbath*? Eso no va

a pasar, porque Sabbath es demasiado corrosivo: tienen cincuenta años y todavía queman); y mejor oía las cintas que iba consiguiendo y al rato me puse a imitar las voces de los cantantes. También me apropié de una guitarra que estaba por ahí, botada en el armario, había sido de una de mis hermanas cuando estuvo en un coro, una guitarra de palo de las de Paracho, las michoacanas. Le compré cuerdas, porque las tenía jodidas, y le pedí permiso a mi mamá para usarla. Creo que mi má tenía la ilusión de que tocara también en el coro, pero no se le hizo.

Y en la prepa conociste al Yulian.

Sí, aunque estábamos en diferentes salones y él se juntaba a tocar con unos punketos, Los Herejes se llamaban, y hasta en alguna tardeada de la generación palomearon. Pero al Yulian también le latía el rollo metalerero y, en el fondo, ya en la fiesta éramos todos los mismos, ¿no? Y casi puro cabrón. Había unas punketas o metalerillas por ahí, pero todas tenían un carácter de la chingada y eran bien peleoneras. Yo creo que estaban hartas de nosotros, que las rondábamos todo el día, y hartas también de la bola de pendejos que las veían como escoria porque no se ponían tacones ni se maquillaban... Entonces, si alguien prestaba una granja o nos ofrecía su casa cuando estaban fuera sus jefes, si nos aburríamos de oír la puta radio y había una o dos guitarras, pues nos poníamos a pendejear, a tocar *covers*. Me sabía solamente alguna de los Kiss, hazme el favor, o alguna de las primeras de Metallica, pero casi los puros círculos, la melodía más simple. Otro de los que llevaba guitarra a veces era el Yulian, y la neta es que me caía bien, porque era menos mamón que el resto de los punketos y no te andaba regañando por comer carne o no salvar el planeta, era tranquilo y nos llevamos bien.

Tendrían qué, ¿unos quince, dieciséis años?

O un poco más, porque al principio yo andaba con banda más viejita, los fósiles de la escuela, que me enseñaron un chingo de música, pero luego me abrí de con ellos, que ya se iban a la verga y todo les valía madres, y en el último año empecé a juntarme con el grupito del Yulian, es decir, con el Isaías y el Gordo Aceves, que iba a un colegio de curas, pero se había hecho cuate de ellos y los presumía como sus «compas satanistas». Algunas veces nos vimos en la casa, en un cuarto que tenía mi mamá destinado para los trebejos, a tocar unas rolas con el Yulian y otro amigo suyo que le decían el Intestino, ni me acuerdo cómo se llamaba. Fidel, me parece. Eso. A güevo, Fidel Tovar. Pero el Intestino no tenía batería y lo que hacía era pegarles a unos botes para llevar el ritmo y pues era una güeva loca aquello y él mismo fue el primero en aburrirse y ya nomás se paró dos o tres veces más y no volvió. O lo mandé yo a la verga, porque además era un pinche chistoso, un igualado y un mamón. Ni me acuerdo bien.

¿Al Yulian y a ti les latía la misma música?

Pues más o menos. A él le gustaban un tipo de bandas punketas ruidosas que están chidas y tenían más que ver con lo que yo oía: todo el hardcore ochentero y los Misfits, los Cramps, Iggy Pop, MC5, o cosas más viejas e ilustres, digamos que Bowie. Pero Yulian tampoco tenía pedos en sentarse a oír toda la tarde a Sabbath o Metallica. Le gustaban igual.

Y entonces vino el primer sueño.

Sí, eso pasó en las vacaciones, antes de los últimos semestres de la prepa. No fue uno de esos sueños con historia o un episodio. Fue solo una imagen y una sensación. Estaba en un escenario iluminado y tocaba una guitarra, pero no una viejita ni de Elvis. Una lira negra, en forma

de hacha, perrísima. Fría y pesada como la puta verga. Vibraba y era un infierno manipularla y no sé, la sensación era cabrona, se sentía igual que manejar una moto o disparar una ametralladora. Para donde apuntaba la guitarra todo saltaba en añicos, se rompía. Pinche emoción poderosa. Soñé eso y el día siguiente vi al Yulian y le dije que teníamos que hacer una banda. Que era lo único que valía la pena en la vida.

La mañana en que Barry se nos manifestó y las cosas cambiaron, llegué con retraso a la oficina. Me había detenido a desayunar en el puestito esquinero al costado del taller, conocido bajo el nombre de los Tacos de don Bon Jovi debido al espectacular peinado con laca del taquero, que fue metalero *glam* en la juventud, y me entretuve de más porque el sitio estaba repleto y don Bon Jovi no se daba abasto con los pedidos. El aire mismo era succulento: grasas de res y cerdo mezcladas en un matrimonio delicioso y perverso (así sueña uno que sea su matrimonio y luego descubre que no; o sí, pero con un protagonista diferente que uno, y lo divorcian, como me pasó a mí). Gotitas de cebo brincaban de la parrilla a los ojos de la congregación de clientes que se apretaba frente al mostrador. Pensé en un concierto de los viejos días, cuando solo los más cabrones lograban abrirse paso hasta el pie del escenario entre el aventadero general. Pensé en la Pati, el Pato, una chica con la que quise todo en la época en que salíamos de la prepa (yo de la mía y ella de la suya, tristemente lejana, que era de monjas y estaba a más de sesenta kilómetros, en Chapala), cuando nuestra banda comenzó, y con la que nunca se me hizo nada: era una metalera bonita, tan castaña que pasaba por rubia,

machorra, elástica, que tocaba la guitarra igual que una diosa en una banda de mierda llamada The Hammer, y que en los conciertos a los que nos asomábamos era implacable para entrometerse en el remolino de cuerpos mientras el ruidero nos destrozaba. Pati, el Pato, era experta en treparse al escenario a bailar y saltaba luego desde él y le salió bien muchas veces. Arriba, daba unos pasos desmesurados, el loco a punto de resbalar al precipicio en la carta del Tarot, para luego dejarse caer a los brazos de los mastodontes que dominaban las primeras filas de la audiencia. El truco podía resultar grandioso y el Pato, la Pati, decía que nunca alcanzó mayor placer en la vida que cuando logró ser llevada por los aires en las manos de dos docenas de salvajes y con todas las luces apuntándole, una reina adorada por la multitud viciosa y toda dedos. Pero otras veces fallaba el truco y el Pato, la Pati, daba con los huesos contra el suelo y se rompía algo. Se fracturó un tobillo en El Hangar, la enyesaron por dos meses y apenas le quitaron la escayola se fue derecho a saltar otra vez. El Hangar era un local en segundo piso, bastardo de arena de lucha libre y bodega de costales de maíz; un lugar húmedo, percutido, destartalado hasta el grado de mostrar las vigas de la estructura. Allí tocamos la primera vez, cuando nos llamábamos Paganos, en un festival con mil bandas más que vino a cerrar el Transmetal, el monstruo de Michoacán, unos güeyes que hacían un puto ruidero majestuoso de dinosaurio con náuseas. ¿Quién diría que la Pati, el Pato, veintitantos años después sería la directora de cultura del ayuntamiento de Ajijic, Jalisco, que es un pueblo lleno de gringos, pero también de rancheros que todavía creen que el metal es del Diablo, que el Diablo existe y que era el padre de mi amiga, porque era lo que les respondía ella a quienes

preguntaban por el tatuaje de Sabbath en su hombro? A la Pati, al Patito, me la había topado en los tacos de don Bon Jovi unos meses antes: iba a la carrera, eléctrica y hermosa, y aquella mañana la recordé. El nuevo proyecto de mi amiga consistía en que el ayuntamiento de Ajijic llevara a Transmetal a tocar a la plaza del pueblo, sobre el kiosco, a modo de banda municipal. Pero el alcalde, un primo de su marido, estaba aterrado con la idea y no iba a permitirlo. *Vade retro, vade retro*, murmuraba, porque estudió en el seminario y recordaba sus latines. Al menos quedaba claro que la Pati, el Pato, se divertía. Mucho. O al menos más que yo, que era un pinche empleado con flojera y que luego de media hora de apretadero logré, al fin, saltarme a dos clientes, abrirme paso hasta el mostrador y encargarme cinco tacos de buche, pues solo de esos quedaban. Los ahogué en salsa de tomate, la picante ya me daba agruras por la puta edad, y me bebí el refresco de dos tragos. En el puesto de don Bon Jovi había que engullir el desayuno a toda velocidad para que no te rompieran las costillas a codazos los que esperaban turno o te arrimara demasiado la verga al culo algún pasado de lanza que aprovechara el enjambre reunido para joder o desquitarse de su pinche soledad. Tal como pasaba en los conciertos. Carajo. Puta memoria. A cierta edad ya no puedes ni caminar por la calle, porque cada piedra que pisas está manchada de historias y ponerle un pie encima es darle play a la máquina y correr el riesgo de perderte en horas de recuerdos que no quisieras tener así, tan embarrados.

Brenda, claro, ya estaba en su lugar, pero me ignoró y logré encender mi computadora en paz, colgar la chamarra en el respaldo de la silla y hasta servirme un café sin que me dirigiera la palabra. En las bocinas sonaba, muy bajita, una balada de Ozzy. El ambiente era apacible,

podría decirse, pero yo temía, herbívoro oteando en la sabana, una trampa que terminara en un salto inopinado de la depredadora y una nueva cacería. Me sumergí tras el monitor y me concentré en revisar las órdenes de trabajo pendientes: flamas laterales para un compacto blanco y deseoso de arder, y el Sagrado Corazón que requería el persignado dueño de una camioneta de reparto de flanes. Para cuando me di cuenta de que Brenda estaba recargada en el medio muro de tablarroca frente a mí, era muy tarde. Creo que brinqué. Solo un poco, y a la vez lo suficiente. Ella se reía, claro. ¿Me oliste, Yulian? No, dije, por responder algo. ¿Quieres? Y se sacudió la playera negra para esparcir por los aires su perfume. Su risa era un agua clara y de no ser por el miedo que me metía en el cuerpo, creo que habría resultado hasta agradable. Qué pasa, le dije. Ella mostraba los colmillos. ¿Ya viste al güey que está con mi tío? Vinieron y preguntaron por ti. Hace ya rato. Pero llegaste tarde... Lentamente, porque temía otra de sus emboscadas, me puse en pie. La oficina del Gordo Aceves estaba iluminada, sí, y allí vi al jefe, en su silla, muy tranquilo, las manos revoloteando por los aires, proponiéndole un ritmo a la mesa. Pero había alguien más y no era uno de esos clientes con tejana o gorra de plato de toda la vida. Estaba de espaldas a mí, sentado frente al escritorio: chamarra de cuero, nuca rapada, un cepillo de pelo negro sobre el coco... Y ese pinche Sargento Pedraza quién es o qué, dije en voz alta. ¿Sargento *what?* Eso repuso Brenda. Claro: ella era joven y no tenía por qué conocer al marchista mexicano que casi gana la caminata en la Olimpiada del sesenta y ocho. Un güey que se hizo famoso incluso antes de que naciera yo, o sea que muy viejo para ti, le respondí: yo supe de él porque mi madre me hablaba a veces del Sargento Pedraza, el clásico

héroe mexicano que quiso pero no pudo. Fue medalla de plata: se lo chingó un ruso en los últimos metros de la competencia. ¿Y dices que este güey de la oficina se le parece? Brenda volvía a lo suyo. Pues está bien mamado, marcadito de la panza. Desde que lo vi me gustó. Aunque ya esté viejo. Pero aguanta, ¿eh? Tiene unas nalguitas y unos brazos... El visitante volteó la cara a la izquierda, muy ligeramente, y pude revisarle el gesto para darme cuenta cabal de quién era.

Barry Dávila. El puto Barry de mierda. No sé si lo dije o solo lo pensé, pero Brenda de todos modos me miró con curiosidad mientras yo rodeaba su medio muro de tablarroca y caminaba, mesmerizado, hacia el pasillo lateral del despacho. ¿Y sí lo conoces? ¿Quién es? Eso repetía ella, pero me hice el sordo, di vuelta en el corredor y caminé a la escalera que llevaba a los talleres. Decidí que sería mejor ocultarse en la sala de los pintores, porque en el baño de la oficina (compartido con Brenda, por cierto, lo que ya había dado pie a algunas de sus torturas, como que dejara unos calzones negros y minúsculos colgados de la llave de la regadera sin cortina y me dijera luego: ¿Viste?) resultaba imposible pasar inadvertido. Me encontrarían allí. Y necesitaba huir porque el Sargento Pedraza metido en la oficina del Gordo era, fuera de toda duda, el hijazo de la chingada del Barry, y yo no me sentía listo para verlo.